

Filosofía, Arte y Letras

El dolor y la ternura

de **GABRIELA MISTRAL**



La América de habla española ha sido tierra fecunda para la rica expresión poética femenina. Desde Sor Juana Inés de la Cruz, en los tiempos virreinales, hasta el presente, la voz lírica de la mujer ha dejado impresa una huella de belleza y emoción que enriquece nuestra literatura. Por su relieve continental y por la universalidad de su obra, destaca Gabriela Mistral (1889-1957), Premio Nobel de literatura en 1945. Se han cumplido en estos días 20 años de la fecha de su fallecimiento.

La ternura y el dolor son las constantes en la poesía de Gabriela Mistral, que vivió y murió orgullosa de su título de maestra de escuela. Su amor a los niños convirtió su voz poética en una gran expresión de ternura, y el dolor que le produjo la pérdida del ser querido le hace pedir perdón a Dios y ofrecerle sus dolores como ofrenda. Ya en la edad madura, Gabriela pule su prosa en sus Recados, que son consejos y enseñanzas de mujer vieja y sufrida, y entrega generosamente su sabiduría, cristiana y esperanzada.

Lucila de Elqui

Hija de campesinos, de Jerónimo Godoy y de Petronila Alcayaga, Lucila nació el 7 de abril de 1889 en Vicuña, en el valle de Elqui, al norte de Chile. Allí en ese valle mínimo y fecundo, rodeado de un paisaje desolado, "ceñido de cien montañas o de más" como dice en sus versos, transcurrió la infancia de la poetisa. Allí con la lectura de la Biblia y el lento transcurrir de los días campesinos aprendió a soñar. "Todas íbamos a ser reinas, y de verídico reinar", escribe cuando evoca sus primeros vuelos de la imaginación.

Lucila Godoy Alcayaga hizo mundialmente famoso su pseudónimo de Gabriela Mistral, que adoptó como prueba de admiración a dos de sus poetas preferidos, el italiano Gabriel D'Annunzio y el provenzal Federico Mistral. Gabriela murió en la localidad de Haineshead, Nueva York, el 10 de enero de 1957.

Todavía adolescente, a los quince años de edad inició sus acti-

vidades como maestra de una escuela rural. Una maestra que tenía la misma edad de sus alumnas. En la soledad de los Andes chilenos y víctima de un amor casi instintivo por la aspereza americana, empezó a gestarse la poesía de Gabriela, sellada siempre por la soledad, la ternura y el dolor. Poco dispuesta a dejarse atrapar por la rutina, tuvo que abandonar la escuela rural de La Serena y trasladarse a otro plantel. Le correspondió una escuela de segunda enseñanza en La Cantera, donde daba, además, clases a obreros. Es posible que en esa época conociera a un joven ferroviario, Romelio Ureta, y se encendiera en su pecho una pasión que se desbordó en poesía. Ureta por algún problema económico, resolvió quitarse la vida.

Desolación

A raíz de esa tragedia que conmovió toda la sensibilidad de la joven maestra, surgieron de su pluma los famosos Tres Sonetos de la Muerte, que en un alarde de osadía resolvió enviar a los Juegos Florales celebrados en Santiago de Chile en 1914. Los sonetos fueron firmados con un pseudónimo, Gabriela Mistral. Por su construcción y la fuerza de su mensaje, esos poemas recibieron el primer premio y los críticos hablaron de una revelación en la poesía femenina del país.

Por su pensamiento profundo, su facilidad para convertir la pasión y el sentimiento en belleza y por la forma seca y directa de su expresión, Gabriela Mistral puede ser señalada como heredera legítima de Santa Teresa. En los Sonetos de la Muerte se advierte, además, la influencia de la poesía latinoamericana de la época, de Rubén Darío, de Amado Nervo y de otros. Pero la expresión leve y sencilla de la Mistral tiene una fuerza extremada e impensada.

La tragedia que tan hondamente marcó su vida, le inspira poemas que luego se recopilan para editar su primer libro, Desolación. "Di el perdón, di lo al fin. Va a esparcir en el viento la palabra perfume de cien pomos de olores al vaciarse;

toda agua será deslumbramiento; el yermo echará flor y el guijarro esplendores". Así canta Gabriela y pide perdón a Dios para el amante suicida. Desolación ha sido considerado como un cancionero cristiano del amor/feliz.

En 1923, el Instituto de las Españas de Nueva York encargó al escritor Federico de Onís, antólogo y profesor de literatura, la recopilación de los poemas dispersos de la Mistral. Fue difícil convencer a Gabriela del valor de esta empresa. La maestra rural era demasiado modesta. Vencidos sus temores, de Onís pudo reunir los versos y publicarlos con el título Desolación. Allí aparece en todo su esplendor trágico, con su enorme fuerza y su estilo casi bíblico, la poesía de la gran poetisa chilena, que salta de la desesperación a la mística, de la soledad y la tristeza al cántico y a la esperanza.

Los Niños

Maestra de profesión, la Mistral sabe comunicar en sus versos una gran ternura maternal. La tristeza de la mujer que no tuvo hijos queda en evidencia en esos cantos tiernos y delicados, las rondas y las canciones de cuna.

Escribe su Oración de la Maestra y entrega a las prensas su libro Ternura, poemas llenos de gracia y delicadeza. Recordemos, entre otros, aquel titulado Miedo, donde dice: "Yo no quiero que a mi niña la vayan a hacer princesa. Con zapaticos de oro, ¿cómo juega en las praderas? Y, cuando llegue la noche, a mi lado no se acuesta. ¡Yo no quiero que a mi niña la vayan a hacer princesa!".

La Maestra

Gabriela Mistral fue profesora de español, de geografía e historia o directora de los liceos de niñas de Traiguén, Antofagasta, Los Andes, Punta Arenas, Temuco y Santiago. Nunca se había graduado ni hecho estudios pedagógicos especiales. Mas, en atención a sus méritos y a su obra, la Universidad de Chile le confirió el título universitario de maestra, sin que le fuera necesario someterse a exámenes o pruebas.

Colaboró con los grandes periódicos de América, entre ellos La Prensa de Buenos Aires, El Mercurio y la Nación de Santiago, el Comercio de Lima y El Tiempo de Bogotá.

El 10 de diciembre de 1945 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. De esta manera, la maestra rural del valle de Elqui, la que cuando niña soñaba "que todas íbamos a ser reinas", recibió del Rey de Suecia el galardón que reconocía la grandeza de su genio literario.

Gabriela Mistral falleció el 10 de enero de 1957 en Nueva York víctima de una penosa enfermedad. Sus restos fueron trasladados a su patria. Más de medio millón de personas participó en sus funerales en Santiago, riéndole de esta manera el más sentido y popular de los homenajes a la más caracterizada poetisa hispanoamericana.

De sus obras, cabe recordar los principales títulos: Desolación, Ternura, Lagar, Tala, Recados Contados a Chile y Obras Selectas. La bibliografía en torno de la Mistral es muy abundante.

Gran hispanista, Gabriela entregó el producido por la venta de su libro Tala al fondo de ayuda a los niños españoles víctimas de la Guerra Civil. Refiriéndose a la lengua y a la cultura españolas, escribió: "Perder sólo supieron España y descurrido; y el mundo (todavía no sabe lo que ha visto" (CIMPEC).

Los Libros y los Días

Los inventores del sexo

Por Ramón J. Sender

— I —

Me refiero a los adolescentes. Todos debiéramos escuchar con respeto y sincero interés —al menos aparentemente sincero— a los jóvenes de menos de veinte años, hombres o mujeres, que tratan de convencernos de que han inventado el sexo y cualquier punto de vista y opinión que podamos tener sobre moral sexual y formas de conducta son absolutamente carentes de valor.

La razón para que los escuchemos con paciencia consiste en que a su edad nosotros hicimos lo mismo. También lo inventamos, el sexo, y no quisimos oír a nuestros mayores, siempre equivocados o desorientados por los prejuicios.

Que eso suceda con cada generación, desde los más lejanos tiempos que recuerda la cultura escrita, es natural y tal vez saludable. De ese modo cada cual cree inventar algo de lo que depende frecuentemente su felicidad o su desgracia.

Pero el dogmatismo del sexo que desde Freud quieren imponernos los novelistas es del todo incómodo, desagradable, pedante y como todo dogmatismo, impreciso. Y lo peor es querer sentar cátedra y "educar" sexualmente a los jóvenes para que no tengan que "inventar".

Esa invención es lo más interesante de nuestra juventud. Desde la niña inglesa de diez años que ve a un niño de seis en un parque orinar contra el tronco de un árbol y murmura, asombrada: ¡"Ooooh, qué práctico"! hasta los otros niños, más jóvenes aún, en sus juegos sexuales angélicos y los quinceañeros inquietos y ojerosos ¡cuanta diversidad en las imágenes, esperanzas, semiexperiencias y precocidades!

Por eso cuando un novelista dogmatiza en cuestiones de amor nos aburre y si Freud tiene interés es porque nos cuenta las "invenciones" que hizo en su juventud, más o menos sistematizadas. El sistema, con la tendencia al dogma es lo que nos molesta, en él. Y aunque Freud haya querido hacer desaparecer el pecado sexual no podemos menos que reír cuando vemos al leer su biografía que prohibía a su esposa ir a aprender a patinar sobre hielo porque el maestro tenía que tomarla por la cintura.

También los hijos de Freud debían pensar que las generaciones anteriores no sabían nada de sexo y que eran ellos quienes lo "inventaban".

Nos parece más racional Jung cuando declara hacia el final de su vida no comprender una palabra sobre esa materia que nos trae del misterio prenatal y nos lleva al otro misterio, al póstumo, sabiendo sólo cómo pero ignorando del todo el por qué y el para qué.

La verdad es que los adolescentes tienen razón y que el sexo no sólo lo inventan ellos para sí mismos sino que lo inventamos todos cuando sentimos el deseo y el amor por la mujer.

Es el sexo nada menos que una de las maravillas de la creación y para muchos de nosotros la primera y la mayor. Pero la vida es más compleja. Vivimos cuatro millones de seres humanos en una inmensa esfera giratoria y cada minuto del día tenemos cuatrocientos millones sentados a la mesa y comiendo, otros tantos trabajando, trescientos millones (descontamos a los bebés) haciendo el amor, otros cuatrocientos millones sentados en... el cuarto de baño, por decirlo así, otros tantos haciendo discursos u oyéndolos, doscientos millones de damas dando a luz y otros doscientos millones de damas y caballeros dando su último aliento en la cama o en los campos de batalla.

Las Cosas

Por Jorge Luis Borges

El bastón, las monedas, el llavero, la dócil cerradura, las tardías notas que no leerán los pocos días que me quedan, los naipes y el tablero,

un libro y en sus páginas la ajada violeta, monumento de una tarde sin duda inolvidable y ya olvidada; el rojo espejo occidental en que arde

una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas: limas, umbrales, atlas, copas, clavos, nos sirven como tácticos esclavos,

ciegas y extrañamente sigilosas! Durarán más allá de nuestro olvido; no sabrán nunca que nos hemos ido.

El Silencio

Por Francisco Luis Bernárdez

No digas nada, no preguntes nada. Cuando quieras hablar, quédate mudo: que un silencio sin fin sea tu escudo y al mismo tiempo tu perfecta espada.

No llores si la puerta está cerrada, no llores si el dolor es más agudo, no cantes si el camino es menos rudo, no interrogues sino con la mirada.

Y en la calma profunda y transparente que poco a poco y silenciosamente inundará tu pecho de este modo,

sentirás el latido enamorado con que tu corazón recuperado te irá diciendo todo, todo, todo.